

“A los niños no se les ha de decir más que la verdad”:¹ Lo ético y lo estético en *La Edad de Oro*, de José Martí

Anabel Lescaille Rabell, estudiante de la Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana

Tanto el nacimiento como el prematuro cese de la publicación de *La Edad de Oro* están fundamentados en un objetivo inherente a la revista: la enunciación de la verdad. José Martí se propuso un proyecto que atendiera a las raíces de los pueblos americanos, a sus niños y jóvenes, a los que tenían la oportunidad de desarrollar un nuevo pensamiento, despojado de prejuicios y perjuicios que ya eran parte de la humanidad de entonces. Los más pequeños eran la esperanza del mundo, como afirmó Martí, ellos podían ser hombres nuevos y diferentes, si se les brindaba desde edades tempranas esta posibilidad. El modo de lograrlo está magistralmente expuesto en *La Edad de Oro* y parte del presupuesto de que no se le debe mentir a los niños, ni ocultarles determinados asuntos, ni imponerles unos por encima de otros. La principal muestra es la decisión de Martí de interrumpir la publicación cuando el editor A. Dacosta Gómez quiso presionarlo para que centrara su contenido en temáticas religiosas que propugnaran el temor de Dios. No podía el Apóstol traicionar sus ideales, ni a sus lectores.

Martí propone a los niños un enfoque a través del cual ellos puedan ser capaces de distinguir lo que tiene mayor valor. No se les dice lo que deben ser, cómo deben obrar, sino lo que es ser bueno, el modo en que obran los hombres de bien, para que los pequeños reconozcan en la virtud lo esencial, por sus propias conciencias. Obligar, adoctrinar, someter rigurosamente a una idea son formas de educación completamente ajenas a *La Edad de Oro*, publicación que ponderaba, por encima de todo, la libertad de pensamiento como camino hacia la conformación del futuro hombre americano, auténtico, capaz de tomar las decisiones más originales y certeras para guiar el destino de América, su “patria grande”.

¹ José Martí, *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 500.

En este breve trabajo analizaremos cómo se desarrolla la propuesta martiana mediante la concepción ética y estética de la revista que se presenta en aspectos como la selección de temáticas, el estilo, la configuración estructural, el tratamiento de personajes.

Desdichadamente, *La Edad de Oro* se publicó durante cuatro meses, por lo que el análisis se resume a estos números que, sin embargo, son más que suficientes para comprender la compleja empresa que se planteó Martí. La variedad de temas que logró abordar en apenas cuatro salidas, permite no solo hacer un estudio de la propuesta martiana, sino llevarse una idea de lo que hubiera significado la publicación de no haber cesado. La capacidad de abarcar contenidos va más allá de que cada número y cada título en su interior traten sobre aspectos diversos, pues además dentro de cada artículo, cuento o poema se descubre un universo de ideas. Los temas fundamentales, enunciados en su generalidad, son la historia, el arte, la literatura, los conocimientos prácticos y las cualidades nobles. De estos motivos se desprenden tantas reflexiones como fueron posibles de ofrecer en la breve vida de la revista. Es importante tener en cuenta que no cupo en *La Edad de Oro* la discriminación de asuntos, Martí plantea desde un inicio que “es necesario que los niños no vean, no toquen, no piensen en nada que no sepan explicar” (Martí, 1992).

Enumerar los temas abordados sería caer en una lista infinita, de ahí que nos limitemos a mencionar algunos de los más recurrentes, por su complejidad o importancia.

El conocimiento de la historia, tanto universal como de América, con énfasis en esta última, es un *leit motiv* en *La Edad de Oro*. Desde el primer artículo que versa sobre la vida y obra de tres héroes latinoamericanos, podemos apreciar el valor que le otorga Martí a al estudio del pasado para la comprensión del presente. Los niños de América debían conocer quiénes estuvieron antes que ellos y qué hicieron, para saber por qué el mundo era como ellos lo habían encontrado, para aprender que todo era parte de un proceso. En casi todos los artículos se habla de historia porque, en definitiva, todo forma parte de esta. Lo que se trata de inculcar en los más jóvenes es la importancia de saber acerca de los orígenes, la creación de los diferentes pueblos, los que lucharon por el bien de la humanidad; preguntarse de dónde viene cada cosa y quiénes las crearon. La curiosidad es para Martí una motivación imprescindible que sus textos debían despertar en los pequeños lectores y no solo lo novedoso debía ser motivo de curiosidad. En este sentido, escoge muy bien los temas históricos que trata y ofrece una explicación del por qué hay que

conocerlos, y los aborda con suficiencia, pero sin agotarlos, para que la curiosidad no decaiga.

Los textos cuyo tema central está relacionado con la historia se podrían clasificar en tres tipos, los que tratan sobre la vida de alguna figura histórica (“Tres héroes”, “El padre Las Casas”); los que cuentan cómo fue el pasado de algún pueblo (“Un paseo por la tierra de los anamitas”, “Las ruinas indias”), y los que abordan algún aspecto desde el punto de vista evolutivo (“Un juego nuevo y otros viejos”, “La historia del hombre contada por sus casas”).

Cada texto con sus funciones específicas, los primeros acercan a los jóvenes a hombres de otro tiempo, que ya no podrán conocer otra manera, y que a través de la prosa martiana se convierten en seres queridos, despiertan admiración y eterna gratitud. Los que pertenecen a la segunda clasificación propuesta permiten al lector conocer la diversidad de culturas que existen, así como la antigüedad de las civilizaciones, que no por pertenecer al pasado eran menos bellas ni avanzadas. Por último, los que demuestran el proceso evolutivo para que reconocieran que cada época tiene su estilo de vida, sus métodos de crear.

Como en la vida, cada temática dentro de *La Edad de Oro* se entremezcla con otras. Aparecen los artículos que, sin dejar a un lado la historia, hablan de la literatura y el arte universal y americano, del pasado y del presente. A través de los libros y las obras de arte se conocen las más bellas formas de expresión de los hombres, y es importante reconocer lo bello y lo bueno, lo que inspiró a sus creadores. José Martí confía plenamente en la capacidad de apreciación de los niños, no deja de exhortarlos a ampliar su horizonte cognitivo, al que no le pone límites de ningún tipo. Mediante estos artículos les cuenta sobre la grandeza de los versos de la *Ilíada*, con detalles estilísticos, de sus traducciones, con una mirada crítica como deben tener también los pequeños; les presenta a los más reconocidos artistas, músicos y escritores de todos los tiempos, las obras más impresionantes y complejas de cada rama, desde *La batalla de los centauros*, de Miguel Ángel, hasta el *Réquiem*, de Mozart; los lleva de la mano a descubrir lo más actualizado del acontecer cultural de la época, al mostrarles con palabras e imágenes las maravillas de la gran Exposición de París.

Todos estos temas podían enriquecer la forma de pensar y de ver el mundo. José Martí deja varios mensajes que los jóvenes lectores apenas intuyen, pero que están presentes como trasfondo indispensable. Por una parte, que hay conocimientos que solo se pueden adquirir a través del estudio, de la lectura; por otra, que el talento del hombre es infinito, que las habilidades pueden aparecer desde muy pequeño o formarse con la experiencia de los años, pero que, para lograr cualquier creación admirable y digna, es necesario el esfuerzo, la dedicación y la pureza de espíritu.

Ahora bien, la grandeza de las creaciones de la humanidad no se limitaba al arte y a la literatura, también eran dignas de admiración las obras y objetos que servían para hacer más fácil la vida cotidiana. Por esto no falta la exaltación al trabajo, a la construcción de herramientas, tanto de las piezas simples como de las novedades más complejas como la electricidad y las maquinarias. En textos como “Historia de la cuchara y el tenedor” o “La galería de las máquinas”, los lectores no solo aprenderían sobre los procesos constructivos, métodos de trabajo y adelantos tecnológicos, la intención de Martí era mucho más profunda. Los niños comprenderían la importancia del trabajo, saber aplicar los conocimientos en provecho de todos, estudiar los procesos de la naturaleza para llevarlos a la práctica con las máquinas. Finalmente, entenderían el don de la utilidad como principal virtud de los hombres y la necesidad de obrar por el bien de los demás: “Eso es mejor que ser príncipe: ser útil” (Martí, 1992).

En *La Edad de Oro*, en su conjunto, podemos apreciar temas que están presentes en casi todos los textos. Es el caso del tratamiento de las cualidades más ponderables en el ser humano, las virtudes y los valores nobles que, además de estar presentes en los cuentos y los poemas, son motivos constantes en cada reflexión martiana. Es igualmente significativo el modo en que es reflejada la América en las páginas de la revista, porque era para los niños americanos de vital importancia aprender a amar y respetar profundamente la historia de su continente. Martí desmiente muchos mitos creados por los españoles, como la supuesta condición bárbara de los habitantes originarios; para resaltar la valentía de sus hombres, la riqueza de sus culturas autóctonas, el privilegio de nacer en una tierra heterogénea y ansiosa siempre de alcanzar su libertad.

Una vez abordadas a grandes rasgos las temáticas que se tratan en los escasos números de una revista que prometía muchísimo más, es necesario pasar al análisis del modo en

que estas fueron expuestas, ya que es en la estructuración de los números, en el estilo expresivo de cada texto, donde percibimos la excepcional propuesta ética y estética de la obra martiana. Uno de los aspectos que sobresalen en el estilo de *La Edad de Oro* es la heterogeneidad, se entremezclan temáticas y saberes, para que lo didáctico, lo bello y lo entretenido se confundan. No es casual, por ejemplo, que los temas más relacionados con la moralidad sean tratados a través del cuento y de la poesía. La revista intercala artículos, relatos y versos, para que a lectura no deje de ser amena y atractiva.

Concluye cada número con una sección dedicada a establecer un diálogo más explícito con los lectores, a aportar pequeñas conclusiones que conduzcan la lectura e inciten a los pequeños a plantearse nuevas interrogantes. José Martí se presenta no solo como redactor sino también como amigo al que pueden acudir cuando algo les cause dudas, cuando quieran saber más sobre un tema, lo importante es querer aprender.

Por otra parte, apreciamos una constante alusión al futuro de los niños, una perspectiva hacia la adultez, algo poco común en la literatura dedicada a la infancia. A los niños se les suele tratar diferenciadamente, se les ocultan cuestiones para las que por convención no son considerados aptos. Sin embargo, Martí es consciente y quiere hacer conscientes también a los niños de que serán adultos algún día, y deben formarse para serlo, con una educación completa, que no discrimine ningún tipo de saber. Cuando se lee *La Edad de Oro*, se percibe la naturaleza visionaria de toda la obra martiana, su contenido es moderno, abarcador, consecuente con su tiempo, porque iba dirigido a las generaciones que en un futuro serían las encargadas de construir la realidad de América. No estaba dedicada simplemente a los niños, sino a los hombres del mañana y esto es lo que diferencia su estilo del más usual en la literatura infantil.

Llama la atención el tratamiento de la muerte –tema tabú con los más pequeños– porque Martí lo aborda con una naturalidad que permite su comprensión, desmitifica el significado al presentarla como parte del ciclo vital, como algo cotidiano, que no hay razón para esconder. Sucede así con cualquier aspecto de la vida, la política, la discriminación, la pobreza. Lo esencial es, como referíamos al inicio, decir a los niños la verdad y aquello de lo que se tiene plena certeza. El modo es influyente, por supuesto, porque el aprendizaje requiere de un estilo especial, que el Apóstol desarrolla como pocos dentro de la historia de la literatura dirigida a niños y jóvenes. Su tono es claro, muchas

veces apela a las normas de la oralidad para crear una sensación de familiaridad y confianza, no vacila en utilizar palabras cuyo significado probablemente no conocieran sus lectores, porque era necesario nombrar las cosas correctamente para poder aprenderlas, pero tampoco hay una extrema complejidad ni en el vocabulario ni en la sintaxis. El principal objetivo de Martí era comunicarse con sus lectores y que estos hicieran de la lengua una herramienta más, porque palabra, pensamiento y acción debían ir de la mano: “Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros” (Martí, 1992).

Otro de los recursos de Martí para lograr una expresión más efectiva es el asociativo, la comparación con elementos más cercanos al universo de los niños. De esta forma hace que entiendan cuestiones nuevas o un poco más complejas de lo habitual, sin que resulte forzoso o impida la comprensión, de ahí que se recurra a la fantasía, a la asociación con el mundo animal, a la creación de personajes que por lo general son también niños o jóvenes. Estos personajes, además, tienen la función de ser modelos o ejemplificar comportamientos que no son adecuados o resultan reprobables. Algo que caracteriza a la mayoría de estos es que no son construcciones perfectas, sobre todo los que son pequeños, sino que tienen virtudes y defectos, como todos, pero su valor está en las decisiones que toman y la capacidad de rectificar. No es malo equivocarse, mientras se aprenda de los errores y se procure hacer el bien. A partir de los personajes negativos se critican los vicios, la falsedad, la falta de inteligencia, los defectos más detestables como la avaricia, la inconformidad. Mientras que los positivos, sirven para exponer los beneficios del buen obrar, las virtudes que hacen dignos a los hombres, la importancia de pensar y trabajar por el provecho de otros, más que en el de uno mismo, pues como dice Martí a los pequeños lectores de *La Edad de Oro*: “Así es la vida, que no cabe en ella todo el bien que pudiera uno hacer” (Martí, 1992). Pero resulta de vital importancia que aparezcan ambos tipos de personaje, para que el niño sea capaz de distinguir por sí mismo el bien del mal, para que pueda comparar y reflexione acerca de lo que quiere ser en la vida.

Apreciamos, por tanto, en *La Edad de Oro* un modo de expresión consecuente con su contenido, un estilo propio de la modernidad y sus preocupaciones, un interés profundo por llegar a la conciencia de los más pequeños y mostrarles que existen muchos caminos, sin embargo, la elección es la que determina al ser virtuoso. La revista está dedicada a los niños de América y, como tal, les muestra todas las bellezas que han surgido de este

continente y la necesidad de preservarlo como debe ser, con su identidad propia, con sus pueblos libres, con sus habitantes orgullosos de ser americanos dignos de sus héroes y antepasados. El Apóstol no pretendió con *La Edad de Oro* formar una generación de lectores adoctrinados, incapaces de pensar con libertad, sino hacerles ver que en los libros se hacen amigos y que “se es bueno porque sí; y porque allá adentro se siente como un gusto cuando se ha hecho un bien, o se ha dicho algo útil a los demás” (Martí, 1992).

Su propuesta ética para los niños de América es la de la defensa de la verdad, de la libertad de pensamiento y de acción, del reconocimiento del ser auténticamente americano. En cuanto al elemento estético, *La Edad de Oro* es un ejemplo de literatura infantil de la más depurada calidad. Martí pone en función de los lectores jóvenes toda su capacidad para desarrollar un periodismo hijo de la modernidad que vivió, con un lenguaje consecuente con su tiempo y su objetivo, que era ante todo comunicar. Legó a las nuevas generaciones de latinoamericanos un texto base para la educación y el crecimiento como seres humanos dignos, útiles, ávidos de saber y de obrar.